

imparcial debe poner en duda el convenio del asesinato por trescientos mil ducados. Los sucesos subsiguientes y la vida misma de Djem la desmienten. Bajazet II, se ve por su carta, no habia reparado en algunos miles de ducados cuando trataba de la seguridad de su imperio. Pero entre tales criminales, la sangre pesa mas que el oro. El tratado se realizó con las condiciones de cuarenta y cinco mil ducados de oro que el sultan prometió pagar á Alejandro por cada año de la vida de su hermano, á quien el papa habia de guardar en eterno cautiverio. La caballería de Rodas y el gobierno de la Iglesia de Roma, traficaron con vergonzosa emulacion con sus interesadas condescendencias en favor del señor del imperio otomano. Bajazet II quedó tan satisfecho con las que pagaba á Alejandro VI, que juzgó que debia pedirle el sombrero de cardenal para el embajador romano Bocciardo, negociador de este tratado entre las dos cortes.

Temiendo que se evadiese de Roma para ir á inquietar á su hermano á las fronteras de Hungría, Djem fué encerrado por el papa en el castillo de San Angelo en Roma, sepulcro del emperador Adriano, convertido en capitolio, ciudadela, palacio y carcel de los papas de la Roma moderna. Allí languideció dos años en una cautividad espléndida á veces, sór-

didá otras, segun el interés que tenian los Borgias, el papa y sus dos hijos, en honrar á degradar á su huésped.

## XXV

Carlos VIII se aproximaba á Roma con un ejército francés en contra del rey de Nápoles, aliado de los Borgias. El papa dudaba si el jóven conquistador francés respetaria en él al pontífice supremo de la cristiandad, ó si iba á castigar sus crímenes y reprimir su ambicion. En esta incertidumbre creyó oportuno encerrarse con su hijo Cesar Borgia y sus tropas en el castillo de San Angelo, prision de Djem, para dejar pasar el torrente francés.

Abriéronse negociaciones. Carlos VIII exigió que Cesar Borgia, hijo y general del papa, cambiase de partido y se uniese á los franceses contra el rey de Nápoles. La política no le hizo olvidar la generosidad : exigió tambien que el sultan Djem, le fuese entregado para tratarlo como soberano y no como cautivo de su corte. La entrevista que tuvo lugar para poner en libertad al principe otomano entre Car-

los VIII, el papa y el prisionero, en el castillo de San Angelo, atestigua la noble arrogancia que el hijo de Mahomet II conservaba apesar de su situacion.

« Príncipe, » le dijo el papa presentándolo al jóven rey, « ¿ es cierto que deseais seguir al rey de Francia, que quiere llevaros á Nápoles consigo ? »

— « Si no soy tratado como príncipe, respondió Djem, con el disgusto de su dignidad menospreciada, poco importa que sufra aquí ó en otra parte la cautividad que envilece en vos la lealtad de los cristianos.

« No permita Dios, » se apresuró á replicar el papa, avergonzado de parecer el carcelero de un huésped libre, « que yo os considere como prisionero aquí; el rey de Francia y vos sois grandes soberanos, y yo no soy en este momento mas que vuestro intérprete. »

Carlos VIII alentó al sultan con palabras regias, compadeció sus reveses, acusó á sus perseguidores, lo arrancó del sepulcro de Adriano, lo trató como á un soberano, y lo recomendó durante la campaña de Nápoles al gran mariscal de su corte para que este le tributara los honores de una magnífica hospitalidad.

Djem salió á caballo al dia siguiente de Roma con la escolta del rey y de Cesar Borgia. Asistió á la breve

campana de los Franceses en el reino de Nápoles, se detuvo cinco dias en Velletri, y algunos en Terracina. El destierro, la carcel, el amor, el sufrimiento, la alegría inesperada de su libertad, habian gastado su juventud : la muerte lo aguardaba en los umbrales de sus calabozos. La fiebre se apoderó de él en Terracina, y una galera lo trasportó moribundo á Nápoles, por disposicion de su amigo el rey de Francia.

Los escritores otomanos, franceses é italianos de aquella época en que los crímenes eran tan comunes en Italia, que toda muerte era imputada al crimen y al homicidio, están acordes en hacer responsables de la enfermedad y del fallecimiento de Djem á Alejandro VI y á su hijo Cesar Borgia. Nunca pintan á estos dos príncipes sin el puñal ó el veneno en la mano. Afirman que al dia siguiente de la forzosa libertad de Djem, el gran maestro de ceremonias del papa, Bocciardo, y Mustafá-bajá, embajador de Bajazet, llegaron de Constantinopla á Sinigaglia, trayendo noventa mil ducados de oro, tributo atrasado de dos años, que enviaba Bajazet al papa para pagar la prision de su hermano, que Juan de La Rovere, cardenal gobernador de Sinigaglia, enemigo de los Borgias, se apoderó de los embajadores y del tributo, que el papa, viendo malogrados los noventa mil

ducados que tanta falta le hacian por su miseria en Roma, se decidió á ganar los trescientos mil que le habian sido prometidos por el asesinato, y que hizo envenenar en Terracina al sultan Djem, ya en manos del rey de Francia, reservándose el reclamar de Bajazet II el precio del servicio tardío prestado de este modo al imperio otomano.

Otros historiadores mal informados tambien, confundiendo los nombres, las personas y las fechas, forjan el cuento de un barbero de Bajazet II llamado Mustafá, quien, instigado por él y con la complicidad del papa, habria entrado en Nápoles en la servidumbre otomana de Djem y le habria dado muerte al afeitarlo, con una navaja envenenada.

Estas dos fábulas son tambien desmentidas por los hechos y la sana crítica. Este supuesto barbero Mustafá, era Mustafá-bajá, uno de los negociadores mas ilustres de la corte de Mahomet II y de Bajazet II, hombre empleado por estos sultanes en los negocios de Estado y no en las abyectas traiciones domésticas. Respecto del envenenamiento dispuesto por el papa, las fechas y el buen sentido lo relegan á la categoría de los crímenes quiméricos é inútiles. Se ha visto que Alejandro VI rehusó tres años merecer la gratitud de Bajazet y trescientos mil ducados de oro por la muerte de su prisionero, cuando podia disponer

de su víctima y hacerla morir por el hierro ó el veneno en secreto; y cuando este servicio hecho á Bajazet no podia ser pagado sino en su propia mano. Djem, sin embargo habia vivido; aun es poco. En tanto que Carlos VIII se aproximaba lentamente á Roma, escoltado por el terror que habia difundido en el Milanésado, en Toscana, en los Estados romanos, el papa, á quien, el rey iba á arrancar su prisionero, podia apresurarse á deshacerse de él, y á enviar su cadáver á Bajazet en cambio del precio ofrecido. Djem no obstante habia vivido y habia sido entregado á Carlos VIII. ¿Por qué locura habria aguardado el papa para descargar el golpe mortal sobre su víctima, á que se hallase esta en mano de otro soberano? y con qué título habria pedido el papa á Bajazet II los trescientos mil ducados, premio de su crimen, cuando no podia tener á los ojos de Bajazet el mérito del asesinato? Todas estas suposiciones ofenden al buen sentido. El crimen es á veces en los Borgias atroz, pero nunca intrépido. Sin duda este perverso pontificado no economiza las iniquidades, pero Alejandro VI no envenenó á Djem. Djem murió de la enfermedad de los príncipes caidos, de los príncipes proscritos, con el alma emponzoñada. La historia debe ser veraz hasta con los malvados.

## XXVI

Djem espiró en Nápoles en la noche del 24 de febrero de 1498, rodeado de los fieles compañeros de su destierro y del rey de Francia que deploraba el fin prematuro del príncipe que le debía la libertad, y que podía deberle un imperio, si hubiese vivido. Apesar de los vanos rumores populares que corrieron en Italia sobre su supuesta abjuracion de la ley del Profeta, murió fiel y aun martir de su religion. — « O Dios mio! exclamó pocos momentos ántes de dar su último suspiro, ¡si los enemigos de la fé quieren servirse de mí para designios funestos á los adictos al islamismo, llévate ántes mi alma á tí! » Estas últimas palabras recogidas por los testigos oculares de su agonía, desmiente bastante su abjuracion de la fé de sus padres, que preferia á la ambicion y á la vida.

Cárlos VIII lo lloró; hizo embalsamar su cuerpo y colocarlo en una caja de plomo y otra de ciprés en Gaeta, lo encomendó al cuidado de sus dos visires favoritos, Ayas-Beg y Djelal-Beg. Sinan-Beg, á quien la muerte de su amigo restituia la libertad de sus

sentimientos y la patria, fué á Constantinopla á participar á Bajazet II la muerte de su hermano. Bajazet II, sólidamente afirmado así sobre el trono, deploró la suerte de un hermano que él hubiese amado, si no lo hubiera temido. Envió á Nápoles una embajada y un cortejo de luto para recibir el féretro de Djem y para trasportarlo á Galipoli primero, y despues á Brusa, al sepulcro comun de sus padres, donde concluyen todas las rivalidades.

## XXVII

Cárlos VIII recibió piadosamente los tesoros, las pedrerías, las armas, los trajes que constituian la herencia del príncipe desterrado. Encargó á Nassuh-Beg, visir de Djem, que los llevara en uno de sus buques á Egipto para que los entregase á su madre y á su viuda.

Tal fué el fin del hijo de Mahomet II, el conquistador de Constantinopla. Rival de su hermano, ludibrio de los caballeros de Rodas, cliente de los cristianos, prisionero de un papa, protegido por un rey de Francia, víctima de su destino, ha dejado en Eu-

ropa y en Asia una memoria romancesca y poética, perpetuada entre los otomanos y los cristianos por sus amores, sus aventuras, sus infortunios y sus poesías. Es el Carlos Eduardo mas perfecto de los Estuardos de Inglaterra, trasportado á la patria y á la casa de Othman. La historia, la novela, el poema se disputan su nombre; pero él mismo ha sido su propio historiador, y los turcos, que recitan hoy sus cantos, lo cuentan en el número de los poetas mas vehementes, mas amorosos y mas heróicos de su lengua. Con piadosa compasion se visita su tumba bajo los plátanos de la mezquita de Brusa. *Flor cortada del tallo de Mahomet II sobre el sepulcro del conquistador*, como él habia dicho de sí mismo en dos de sus versos. No ha tenido el imperio de Bajazet II, pero ha poseido el imperio de la imaginacion sobre los otomanos.

---

## LIBRO DÉCIMOSEPTIMO

## I

Volvamos á Selim I.

Los hombres que deben su soberanía usurpada á cómplices, no pueden conservarla sin saciar ó sacrificar á estos autores de su criminal elevacion. El que sube al trono por la escalera del crimen, se mantiene en él con una sanguinaria tiranía.

Tal era la situacion de Selim al dia siguiente de la muerte natural ó el asesinato de su padre.

Los embajadores europeos, que residian entónces